

Domina tu poder. Oculta lo que eres.
Sobrevive a la cacería



THORN SEASON

KIERA AZAR

minotauro



KIERA AZAR

minotauro

Thorn season

Copyright © Kiera Azar 2025

Traducción: ©Patricia Mora, 2025
Adaptación de cubierta: Book&Look
Imágenes de cubierta © 2025 Bicem Sinik
Diseño de cubierta de Laura Mock
Resto de imágenes @Shutterstock
Revisión: Balloon Comunicación

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1878-1

Depósito legal: B. 13.910-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

1

Después de todos los actos de traición que había cometido en la vida, no deberían pillarme por este.

El agua roja corría entre mis dedos cada vez que frotaba con vigor la esponja por la puerta de Marge, pero ni siquiera el ataque espumoso de jabón y vinagre eliminaba la Marca del Cazador. Lo único que conseguía era extender la pintura y emborronar la rosa que había pintado Marge sobre la aldaba el verano pasado.

Adiós a preservar su recuerdo.

Oí pasos rápidos a mi espalda y me giré deprisa con el corazón en un puño. El ambiente seguía nuboso, lleno de rocío, como un melocotón en la mañana. Apenas se vislumbraba el color de las casas, pintadas en los tonos propios de las joyas; tuve que forzar la vista para distinguir las formas a través de la neblina.

Solté el aire con alivio. No eran guardias. Solo unos niños que corrían por el camino de mosaicos, demasiado ocupados en reírse para darse cuenta de mi presencia. Doblaron la esquina y la calle regresó a su silencio espeluznante; las hojas plateadas de los árboles susurraban como lentejuelas al viento.

Sin embargo, unas calles más allá, el mercado empezaba a despertar y el tufo a rosas lo embriagaba todo. Dentro de poco,

el festival de la Temporada de Rosas sacaría a los lugareños de sus camas.

Me estaba quedando sin tiempo.

Sumergí la esponja en el cubo y volví a apretarla contra la puerta, frotando hasta que los vapores del vinagre me provocaron picor en los ojos. A Marge le encantaba el primer día de la Temporada de Rosas. El año pasado, se atiborró de tantos dulces bañados en sirope que tuvimos que cancelar nuestra partida de cartas y, en su lugar, me limité a llevarle un té de menta. Al despertarme bien temprano por la mañana, recordé cómo me había mirado con amabilidad y agradecimiento y supe que no podría dejar un día más la Marca del Cazador en su puerta.

Era la décima Marca del Cazador que aparecía en el reino de Daradon en los últimos dos meses.

Los cazadores nunca habían atacado con tanta frecuencia en un periodo de tiempo tan corto, y este repunte repentino e inexplicable me estaba provocando una ansiedad constante.

También había puesto nerviosos a los lugareños.

«¡Otra portadora que ha vivido entre nosotros todo este tiempo!», había escuchado susurrar a alguien. «¡Una vez dejé que cuidara a los niños!». Como si Marge no hubiera sido voluntaria en la clínica, o no hubiera echado sal en los escalones de sus vecinos, o repartido cestas de limones cuando los árboles de su jardín se desbordaban. Como si su existencia hubiera sido un escándalo y su asesinato una molestia.

Apreté la esponja; el agua se deslizó por mi piel aceitunada. Marge debería haber dejado que se partieran la crisma con el hielo. Eso habría hecho yo.

De nuevo, oí unos pasos y, esta vez, reconocí esas zancadas largas. Me di la vuelta al mismo tiempo que mi mejor amiga se agachaba a mi lado; su trenza morena se quedó meciéndose a la altura de su cintura.

—Los guardias —me avisó Tari entre jadeos—. Vienen hacia aquí.

Solté una maldición y me apresuré a meter la esponja en el cubo. Nuestras manos se afanaron por ocultar las pruebas. El

agua chorreaba y la madera crujía, y los petirrojos salieron volando al oír el estrépito.

—¡Ahí! —Tari señaló al otro lado de la calle.

Había tres guardias paseándose por la acera con sus resplandecientes uniformes de hilo plateado.

Me bajé del escalón y recogí el exceso de agua. La esponja dejaba surcos rojos como un reguero de sangre.

—¿Cómo han llegado tan rápido? ¡Se suponía que estabas vigilando!

Tari torció el gesto y se inclinó para ayudarme.

—Me he distraído.

Una gema verde se balanceó en su cuello como un péndulo y proyectó luces de colores en su piel cobriza. Abrí los ojos de par en par.

—¿Has abandonado tu puesto por eso?

—¡Tenía descuento!

—¡Es falso!

Tari hizo amago de responder, pero luego cogió la gema.

—¿En serio?

Me puse en pie con los pantalones empapados.

—¿Es que no entiendes qué hace un vigilante?

—¿Tú entiendes lo que hace una limpiadora? —Señaló la marca, que ahora se desangraba en la puerta—. Por el amor de los dioses, ¡si está peor que antes!

—Si mi padre se entera de esto...

Las voces de los guardias me hicieron callar; los escuchábamos por encima de nuestra pelea. Mi padre era la menor de mis preocupaciones.

Cargué con el cubo, aunque me derramé agua sobre la blusa. Un agua aún más sucia correteaba entre los azulejos del mosaico; los guardias seguirían ese rastro hasta encontrar a las criminales. Tari podría ganarles a la carrera, pero yo no.

Miré la puerta de Marge y tragué saliva. Cuando se producía una caza, las casas se cerraban a cal y canto.

—Alissa, no lo hagas —me advirtió Tari.

Si no lo hacía, los guardias repararían en nosotras en breve.

Así que, como segundo acto de traición del día, invoqué mi espectro.

Salió de mí como si fuera el hilo de una madeja interna, y exhalé cuando la tensión que siempre sentía empezó a relajarse. Aunque fuera invisible para los demás, mi espectro era parecido a mí, como un espejismo reluciente que se alza entre el pavimento caliente o el remolino de aire que se forma sobre una llama. Hoy ondeaba más rápido debido a mi corazón desbocado.

Respiré hondo y desdeñé el impulso de manifestarlo más de la cuenta. Había una razón por la que nunca había conocido a otro portador de forma consciente: cuando hacías uso del poder, te arriesgabas a exponerte.

Un hilo tendría que bastar.

Colé el tentáculo por el ojo de la cerradura y le di una nueva forma para que cupiera por el agujero (uno de los primeros trucos que aprendí), y la cerradura se abrió.

Empujé a Tari para que entrara y me escabullí yo detrás. Volví a cerrar la puerta en cuanto nos engulló la penumbra, aunque mi espectro se sacudió como protesta cuando lo obligué a fusionarse de nuevo a mis huesos. Nuestro aliento se evaporaba en el silencio, espirales que manaban de nuestros labios como vapor en una noche cubierta de nieve.

Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad... y se me heló la sangre.

Había imaginado que habría cristales rotos y muebles del revés, alguna prueba de que Marge había plantado cara a los cazadores antes de que estos le suministraran el atenuarraíz, el veneno para espectros, para así atrapar el poder bajo su piel.

Sin embargo, lo que encontré me resultó más perturbador si cabe. Porque el salón estaba tal como yo lo recordaba, con la mesa manchada de pintura y cuatro sillas desparejadas: para Tari, Lidia, Marge y yo. Aun así, había una capa de polvo gris que cubría de forma imposible todas las superficies, como si la casa llevara años abandonada. Como si el mundo hubiera olvidado a Marge hacía mucho tiempo.

—Solo ha pasado una semana —susurré.

El rostro angular de Tari se contrajo de la preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó. Porque debía de saber cuánto me afectaría ver la habitación.

Sabía que mi espanto fluía a la par que la culpa profunda y dolorosa que me provocaba haber sobrevivido.

Con manos temblorosas, dejé el cubo en el suelo y me acerqué a la mesa. Una vez al mes, Marge barajaba aquí las cartas para echarnos una partida. Tari y Lidia fingían no hacer trampas, mientras que Marge y yo poníamos los ojos en blanco, y todas compartíamos los cotilleos del pueblo bebiendo una limonada caliente.

Ahora solo había una taza sobre la mesa. El moho había cubierto el centro, mientras que el beso color burdeos de Marge había formado una costra en el borde.

En un destello que me encogió las entrañas, imaginé mis propios aposentos así de desérticos: una taza de té de granada medio vacía dejando marca sobre mi tocador, las hebras morenas de mi cabello enredadas en un peine de púas anchas. Los últimos trazos de mi persona sobreviviendo a mi cuerpo.

—¿Te acuerdas el verano pasado —murmuró Tari—, cuando sacamos la mesa a la calle? Lidia tenía un par de reinas escondidas en la manga y salieron volando...

—Pero no había brisa —terminé en voz baja—. Lo recuerdo.

—¿Crees que Marge...?

Yo misma me había hecho esas preguntas durante toda la semana: ¿alguna vez había portado su espectro en nuestra presencia sin que nosotras nos diéramos cuenta? ¿Había sufrido como yo la tensión constante del confinamiento?

—Nunca le gustó que Lidia hiciera trampas —comenté.

Tari soltó una risa triste.

—Solo porque ella no sabía cómo hacerlas.

Sentí una punzada en el corazón al recordar el ojo de Marge, que temblaba cada vez que se tiraba un farol. ¿Les habría mentido a los cazadores cuando vinieron con la esperanza de que el tembleque del ojo no la delatara?

Tari se acercó arrastrando los pies, levantando polvo con las botas.

—¿Lo hueles?

Aspiré. La blusa mojada se me pegó al pecho.

—Solo huelo a vinagre.

Negó con la cabeza.

—Huele amargo. Como si se estuviera quemando algo.

Miré la chimenea con el ceño fruncido. El olor a fuego no estaría en el ambiente a menos que alguien se hubiera colado hacía poco.

—La puerta estaba cerrada con llave —repuse.

—Las cerraduras solo frenan a los incóluces. Puede que Marge tuviera familia y no nos hablara de ella —propuso Tari con aliento, pero yo pisoteé las esperanzas que empezaron a llamear.

Tari había pasado sus primeros años de vida en Bormia, donde vivía una pequeña población de portadores sin que nadie los persiguiera. Era por ello por lo que, a pesar de ser incólume, había conocido a más portadores de los que yo me he topado en la vida, al menos que yo supiera. Una vez le pedí a mi padre que solicitara mudarnos allí. Pero Bormia no aceptaba refugiados, me contó, y aunque lo hicieran, los barcos de Daradon no surcaban el mar picado que nos separaba de su territorio.

Desde entonces, solo pude imaginar que encontraba a otro portador en este reino carcelero. Aprenderíamos el uno del otro, nos contaríamos nuestros secretos. No estaríamos solos.

Pero Marge siempre había estado aquí, y yo jamás habría pensado que estábamos escondiendo el mismo secreto. Siempre pareció tan libre con su risa, era tan diferente a lo que esperaba que fuera un portador... o a mí, más bien.

Si alguna vez se producía el milagro y volvía a cruzarme con otro portador, llegaríamos al mismo final pesaroso: no lo reconocería como aliado hasta que fuera demasiado tarde.

Tragué un nudo de lágrimas y me acerqué a la mesa llena de polvo.

Se me escapó un grito ahogado cuando mi espectro me empujó hacia atrás nada más tocarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Tari.

Me pasé la mano por los pantalones con la boca abierta. El polvo no me había parecido polvo. Y ahora mi espectro estaba enroscado en lo más profundo de mi ser, temblando de las ganas que tenía de salir, salir, salir...

Una silueta oscureció las cortinas.

—¿Hay alguien ahí?

Tari y yo intercambiamos una mirada de pánico. Acto seguido, nos escondimos debajo de la mesa, con los codos clavados en las costillas. El polvo que levantamos amenazaba con provocarnos una tos, y mi espectro volvió a removerse.

El pomo de la puerta traqueteó.

—¿Hola?

—Voy yo —masculló Tari—. Quédate dentro.

La agarré de la muñeca.

—No.

—No te preocupes. Fingiré fiebre de sed.

—¿Y qué harás? ¿Estornudarles encima?

Puso los ojos en blanco.

—La fiebre de sed desorienta a la gente. Lo he visto en la consulta de mi madre.

—La gente desorientada no intenta quitar la Marca del Cazador de las puertas.

—¿Ah, no? —Se llevó una mano a la frente y abrió los ojos como platos—. Pero creía que era mi casa, señor —susurró con voz aguda e histérica—. ¡Habrán venido los vándalos por la noche!

La miré fijamente.

—No se lo van a creer.

—Entonces pasaré la noche en el cuartelillo. Será mi primer arresto. —Sonrió con malicia—. Lo mismo mis padres me hacen una fiesta.

No exageraba. Los padres de Tari recompensarían esta rebelión de la misma forma que mi padre me recompensaría si pasara un día sin usar mis poderes. Algo que, por otra parte, nunca había conseguido.

Sin embargo, yo sabía el verdadero motivo por el que no quería que los guardias me pillaran aquí. Porque el crimen de Tari empezaba y terminaba en la puerta de Marge, pero el mío era de nacimiento.

—Rápido —me instó—, antes de que llamen al cerrajero.

Me dio un empujón y posé la mano en el suelo. Algo se me clavó a la piel y solté un siseo. Tari se quedó quieta cuando le enseñé la mano.

El miedo me dejó clavada en el sitio.

Porque pegado a la mano sudada había un diente humano.

Los bordes afilados se habían clavado en mi piel, dejando a la vista la encía rosada y carnosa que seguía pegada a la raíz. Miré más allá y las náuseas me dejaron sin aliento. Había una salpicadura oscura y seca en el suelo.

Por eso no había signos de lucha en ninguna otra parte. Porque Marge se había escondido aquí, demasiado asustada para hacerles frente a los cazadores. La encontraron igualmente.

Y le pegaron tan fuerte que le arrancaron un diente.

Tari fue la primera en recobrar la compostura, cogió el diente y lo tiró sin más, lo que generó un tintineo escalofriante. Aun así, se me quedó la marca en la palma, unas pequeñas hendiduras ahí donde los bordes habían estado a punto de romper la piel. Parpadeé varias veces para no imaginarme las caras de los cazadores, para no suponer cuál de ellos había sido el causante del golpe que le arrancó un diente.

¿Trataron con la misma violencia a mi madre cuando la mataron? ¿Me tratarían a mí con la misma violencia?

Me pitaban los oídos cuando las voces de los guardias se desvanecieron.

—Se marchan —dijo Tari con los ojos empañados—. Deberíamos irnos.

Me esforcé por controlar la respiración, por calmar el golpeo frenético de mi espectro. Salimos pitando por la puerta; aún llevaba el cubo en brazos, totalmente mojada.

Di tres pasos antes de que alguien me cogiera del brazo.

—Muy bien, se acabó la diversión...

El guardia se acalló en cuanto me di la vuelta y fingí inocencia con los ojos muy abiertos. Confié en que no notara cómo me temblaban las piernas.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

El guardia quitó la mano y empezó a tartamudear.

—Lady Alissa. No la había reconocido.

Ladeé la cabeza y dejé que las primeras luces del día bañaran mi rostro. El guardia era lo bastante joven como para sonrojarse al verme sonreír.

—Espero que no vayas por ahí agarrando así a los ciudadanos —empleé un tono que se debatía entre el flirteo y la amenaza. La voz de una cortesana.

Se sonrojó aún más.

—No, señorita. Recibimos un aviso de que alguien estaba causando estragos en una propiedad de la ciudad. —Miró la puerta empapada de Marge, donde todavía se distinguían los dos capiteles unidos de la Marca del Cazador: una eme larga y nítida con los picos muy marcados.

Mi padre me contó una vez que los capiteles representaban a los dos dioses de la muerte, un símbolo que honraba a los muertos. Pero después de mi primera visita a la corte, aprendí que esos capiteles imitaban la corona de dos púas de Daradon. No era un tributo a los dioses, sino al despiadado rey que vapuleaba a los cazadores.

Y a mí me acababan de pillar frotando esas púas.

Me aferré al cubo con la barbilla levantada.

—Sí, he sido yo.

Los ojos del guardia se posaron en Tari, a la que sujetaba con fuerza por el chaleco marrón.

—¿Está segura, señorita?

Apreté los dientes. El cubo estaba en mis brazos. Era mi ropa la que estaba empapada de pintura y agua. Aun así, había visto el pin con forma de loto de Tari, la flor nacional de Bormia, brillando con orgullo en su pecho y tenía pensado acusarla a ella.

A los bormianos siempre los acusaban de simpatizantes.

—¿Cómo te llamas? —pregunté intentando ocultar la mala leche.

El guardia se cuadró.

—Byron, señorita.

—Byron. —Los nombres tenían poder, y yo pronuncié el suyo como si nunca fuera a olvidarlo—. ¿Eres nuevo?

—Sí, señorita. Me formé con la guardia real antes de venir a Vereen.

La guardia real. Eso me valía.

—Tendrás que perdonar a mi padre, Byron. Debería haber advertido a los guardias de que estaría aquí. Se le habrá olvidado con las preparaciones del baile de esta noche.

Byron frunció el ceño.

—¿Esto ha sido idea de lord Heron?

—Es el primer día de la Temporada de Rosas. Ha venido a Vereen gente de todo el reino para ver nuestra afamada artesanía. —Me incliné como si le dijera un secreto—. Esta calle está muy cerca del mercado. No queremos espantar a los compradores. —Como Byron parecía poco convencido, señalé la puerta de Marge con la nariz arrugada—. Y, evidentemente, no queremos que se nos asocie con los de esa calaña.

Me dio asco pronunciar esas palabras. Me dio asco que el gesto de Byron se suavizara al comprenderlo. Pero nadie cuestionaba la crueldad con el mismo ahínco que la amabilidad.

—Mi padre no quería que llamara la atención —concluí haciendo uso de mi arma final—. Estaría horrorizado si supiera que te he alejado de tu puesto en un día tan importante.

«Premio». Si se había formado en palacio, Byron sabía que los guardias reales eran castigados cuando metían la pata. Vereen no era como la capital, pero Byron no lo sabía. ¿Y abandonar su puesto para abordar a la señorita de Vereen? Eso era una metedura de pata de manual.

Tragó saliva, tan preocupado que casi me dio pena. Entonces dijo, como si me hiciera un favor:

—No se preocupe, señorita. No se lo mencionaré a Su Señoría. Se marchó y corté los hilos de mi sonrisa de marioneta.

—¿Cómo lo haces? —masculó Tari mientras yo veía por el rabillo del ojo un movimiento en la casa de Lidia, que estaba en la acera de enfrente. Unas cortinas que se deslizaban para ocultar a Lidia.

—Nos denunció Lidia —dije sin más. Lidia y Marge habían sido buenas amigas, tanto como Tari y yo. En cambio, Lidia no quería otorgarle a Marge la dignidad de tener una puerta sin marcar.

De todos los cobardes que vivían en esta calle, ella era la peor.

—Tiene miedo —repuso Tari—. Todo el mundo tiene miedo. Eso no significa que no les importe.

Estuve a punto de hacerla callar. Esconderse debajo de una mesa, que te expusieran, sentir cómo se desprendía un diente de la encía... Eso era miedo.

Pero no lo hice. Tari no tenía espectro, no entendía lo que era tener miedo de verdad. Aunque me apoyara y se preocupara por mí, yo era la única que sentía el vibrar constante del miedo de que, en cualquier momento, los cazadores podrían borrar me del mundo. No harían la vista gorda si descubrieran mi espectro, y no me salvarían la vida.

Después de todo, el linaje de los cazadores tenía que permanecer limpio.

Y yo era la espina de su árbol genealógico.